

Obedeceré a Dios

El crimen que puso la fe a prueba

Jon Krakauer

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez

Título original: *Under the Banner of Heaven. A Story of Violent Faith*

© Jon Krakauer, 2003

Esta traducción se publica de acuerdo con Doubleday,
una sección de Random House, Inc.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2004

Primera edición en esta presentación: junio de 2022

© de la traducción del inglés, José Manuel Álvarez Flórez, 2004

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para
localizar y recabar la autorización del propietario de la traducción de
esta obra. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito
correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA- fotocomposición

Depósito legal: B.9.509-2022

ISBN: 978-84-1100-088-8



Índice

Prólogo	13
---------	----

PRIMERA PARTE

1. La ciudad de los santos	35
2. Short Creek	42
3. Bountiful	68
4. Elizabeth y Ruby	83
5. El Segundo Gran Despertar	97
6. Cumorah	110
7. Una voz aún pequeña	121
8. <i>El Pacificador</i>	137

SEGUNDA PARTE

9. Haun's Mill	147
10. Nauvoo	158
11. El principio	170
12. Carthage	180
13. Los hermanos Lafferty	193
14. Brenda	203
15. El uno poderoso y fuerte	219
16. Eliminación	239

TERCERA PARTE

17. Éxodo	263
18. Mountain Meadow	287
19. Chivos expiatorios	308
20. Bajo el estandarte del cielo	337

CUARTA PARTE

21. Evangeline	349
22. Reno	373
23. Juicio en Provo	387
24. El Día Grande y Terrible	414
25. La religión estadounidense	427
26. La montaña de Canaán	436
Comentarios del autor	445
Apéndice a la segunda edición en inglés	455
Agradecimientos	483
Notas	487
Bibliografía	497

PRIMERA PARTE

Los cismas que estremecieron el mormonismo una y otra vez, más críticos que los ataques desde fuera, solo atestiguan su fuerza. Fueron pruebas de lo en serio que se tomaron su salvación conversos y disidentes, dispuestos a poner el alma en cuestiones de doctrina que una generación posterior menos bíblica podría tratar con indiferencia.

WILLIAM MULDER y A. RUSSELL MORTENSEN,
Among the Mormons

La ciudad de los santos

Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios, y el Señor tu Dios te ha elegido para que seas su pueblo singular de entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la Tierra.

Deuteronomio 14, 2

Y llegará a suceder que yo, el Señor Dios, enviaré a uno fuerte y poderoso, que empuñará en su mano el cetro del poder, vestido de luz como túnica, cuya boca pronunciará palabras, palabras eternas. Mientras que sus entrañas serán un manantial de verdad, para poner en orden la casa de Dios.

Doctrina y convenios, sección 85,
revelado a Joseph Smith el 27 de noviembre de 1832

En equilibrio sobre la aguja más alta del Templo del Lago Salado, que brilla al sol de Utah, con la trompeta dorada en alto, monta guardia sobre Salt Lake City, que se extiende abajo, una estatua del ángel Moroni. Este enorme edificio de granito es el nexo espiritual y temporal de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que se presenta como la única religión verdadera del mundo. La plaza del Templo es

para los mormones lo que el Vaticano para los católicos o la Kaaba de La Meca para los musulmanes. Según el último cálculo, había más de once millones de santos en el mundo; y el mormonismo es la fe en más rápido crecimiento del hemisferio occidental. En Estados Unidos hay en la actualidad más mormones que presbiterianos o episcopalianos. En la totalidad del planeta hay hoy más mormones que judíos. En algunos círculos académicos serios, se considera que los mormones van claramente camino de convertirse en una religión mundial importante, la primera fe de ese nivel que ha surgido desde el islam.

Junto al Templo, las 325 voces del Coro del Tabernáculo Mormón se dilatan para llenar el vasto interior con los robustos acordes, evocadores e inquietantes, del «Himno de batalla de la República», emblema característico del coro: «Mis ojos han visto la gloria del advenimiento del Señor...».

Para gran parte del mundo, este coro y sus armonías, interpretadas de forma impecable, son emblemáticos de los mormones como pueblo: castos, optimistas, extravertidos, cumplidores. Cuando Dan Lafferty cita las Escrituras mormonas para justificar el asesinato, la yuxtaposición es tan incongruente que llega a parecer surreal.

Los asuntos de la mormonidad los rige un grupo de varones blancos ya de edad, de trajes oscuros, que cumplen sus deberes sagrados en una torre de oficinas de veintiséis plantas situada junto a la plaza del Templo.¹ La jefatura de los Santos

1. El control de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días reside en las manos de quince hombres. En la cúspide de la pirámide jerárquica está el «presidente, profeta, vidente y revelador», a quien se considera portavoz directo de Dios en la Tierra. El presidente nombra a dos apóstoles de confianza para que le sirvan como primer y segundo consejeros; los tres actúan colectivamente como la Primera Presidencia. Inmediatamente por debajo de la Primera Presidencia está el Quórum de los Doce Apóstoles, y estos quince hombres juntos (siempre son hombres; en la Iglesia mormona las

de los Últimos Días insiste de forma inflexible y unánime en que Lafferty no debería ser considerado mormón bajo ninguna circunstancia. La fe que le impulsó a matar a su sobrina y a su cuñada es una rama de la religión conocida como «fundamentalismo mormón»; las autoridades de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días se encrespan visiblemente solo con que se mencionen juntos mormones y fundamentalistas mormones. Como subrayó Gordon B. Hinckley, profeta y presidente de los mormones, que tenía por entonces ochenta y ocho años, durante una entrevista en televisión de 1998, en el programa *Larry King Live*: «No tienen absolutamente ninguna relación con nosotros. No pertenecen a la Iglesia. No hay, en realidad, fundamentalistas mormones».

Sin embargo, los mormones y los que se llaman fundamentalistas mormones creen en los mismos textos sagrados y en la misma historia sagrada. Creen ambos que Joseph Smith, que fundó el mormonismo en 1830, desempeñó un papel vital en los planes de Dios para la humanidad; unos y otros le consideran un profeta de talla comparable a Moisés y a Isaías. Tanto los mormones como los fundamentalistas mormones están convencidos de que Dios les considera a ellos y solo a ellos sus hijos predilectos: «Un tesoro especial para mí por encima de todas las gentes». Pero aunque ambos se atribuyan la condición de los elegidos del Señor, difieren en un punto de la doctrina religiosa que inflama especialmente los ánimos: a diferencia de sus compatriotas mormones actuales, los fundamentalistas mormones creen apasionadamente que los santos tienen que tomar esposas múltiples por mandato divino. Los

mujeres están excluidas de los cargos de autoridad) controlan la institución y a sus miembros con absoluto poder. Los cargos de estos quince hombres son vitalicios. Cuando muere el presidente, el Quórum de los Doce nombra nuevo presidente al apóstol de sus filas que ha servido en el cargo durante más tiempo. De ahí la edad excesivamente avanzada de casi todos los presidentes mormones.

seguidores de la fe fundamentalista practican la poligamia, según dicen, porque la consideran un deber religioso.

Hay más de treinta mil fundamentalistas polígamos que viven en Canadá, México y el Oeste de Estados Unidos. Algunos especialistas calculan que puede haber hasta cien mil. Aunque esta cifra mayor equivalga a menos del 1 % de los miembros de la Iglesia mormona a escala mundial, a los dirigentes de esta les preocupan muchísimo esas legiones de hermanos polígamos. Las autoridades mormonas tratan a los fundamentalistas como se trataría a un tío loco, intentan mantenerlos ocultos en el desván, donde nadie los vea; pero los fundamentalistas se las arreglan siempre para escapar y presentarse en público en momentos inoportunos y montar escenas desagradables que dejan en situación embarazosa a todo el clan mormón.

La Iglesia mormona suele ser muy quisquillosa con su breve historia (una historia excepcionalmente rica), y no hay aspecto de ella que ponga a la iglesia más a la defensiva que el matrimonio plural. Las jerarquías eclesiásticas se han esforzado mucho por convencer tanto a los miembros de la Iglesia moderna como a la generalidad del país de que la poligamia fue una peculiaridad pintoresca, abandonada hace mucho tiempo y practicada solo por un puñado de mormones del siglo XIX. La literatura religiosa transmitida por los jóvenes y esforzados misioneros de la plaza del Templo no menciona para nada el hecho de que Joseph Smith (que sigue siendo el personaje central de la religión) se casó como mínimo con treinta y tres mujeres, y probablemente con cuarenta y ocho. Tampoco cuentan que la más joven de esas mujeres solo tenía catorce años cuando Joseph le explicó que Dios había ordenado que se casase con él y que se enfrentaría, si no lo hacía, a la condenación eterna.

La poligamia fue, de hecho, uno de los principios más sagrados de la iglesia de Joseph, un principio tan importante

que se canonizó para siempre como la sección 132 de *Doctrina y convenios*, uno de los textos escriturales primordiales del mormonismo.² El venerado profeta describió el matrimonio plural como una parte de la «doctrina más sagrada e importante que se haya revelado al hombre en la Tierra», y enseñó que un hombre necesita tres esposas por lo menos para alcanzar la «plenitud de la exaltación» en la otra vida. Advirtió de que Dios había ordenado explícitamente que «todos aquellos a quienes se ha revelado esta ley deben obedecerla [...] y si no cumplen ese pacto, están condenados, pues a nadie que rechace este pacto se le permitirá entrar en mi gloria».

A Joseph lo mató en Illinois una turba de enemigos de los mormones en 1844. Asumió entonces la jefatura de la iglesia Brigham Young, que condujo a los santos a los páramos desiertos de la Gran Cuenca, donde no tardaron en crear un notable imperio y en adoptar sin tapujos el pacto del «matrimonio espiritual». Esto asombró y estremeció la sensibilidad de los estadounidenses del siglo XIX, que consideraban la poligamia una práctica brutal, comparable a la esclavitud.³ En 1856, reconociendo la fuerza del voto antipolígamo, el candidato republicano a la presidencia del país, John C. Frémont, se presentó a las elecciones con un programa en el que prometía «prohibir en los territorios esas dos reliquias gemelas de la barbarie: la poligamia y la esclavitud». Frémont perdió las elecciones, pero un año después el hombre que las ganó, el presidente James Buchanan, envió al Ejército a invadir Utah,

2. Los mormones estiman tres libros de Escrituras por encima de todos los demás: *Libro de Mormón*, *Doctrina y convenios* (que suele llamarse simplemente *D & C*) y *La perla de gran precio*.

3. En realidad, es probable que en el siglo XIX fuesen más los estadounidenses contrarios a la poligamia que los contrarios a la esclavitud. Después de todo, esta última tenía partidarios en muchos estados, mientras que era difícil encontrar muchos defensores de la primera fuera del territorio de Utah.

desmantelar la teocracia de Brigham Young y erradicar la poligamia.

La llamada «Guerra de Utah» no privó sin embargo a Brigham del poder ni acabó con la doctrina del matrimonio plural, para irritación y desconcierto de toda una serie de presidentes del país. Siguieron a esto enfrentamientos judiciales y legislativos crecientes con la poligamia que culminaron con la Ley Edmunds-Tucker de 1887, que disolvió la Iglesia mormona y confiscó y entregó al Gobierno federal todas sus propiedades a partir de un mínimo exento de cincuenta mil dólares. Ante esa presión, los santos ya no tenían más remedio que renunciar a la poligamia. Pero, aunque los dirigentes de la iglesia proclamasen públicamente en 1890 que habían abandonado la práctica, enviaban discretamente grupos de mormones a fundar colonias polígamas en México y en Canadá, y algunas jerarquías de la iglesia de más alto rango siguieron en secreto tomando esposas múltiples y celebrando matrimonios múltiples hasta bien entrado el siglo xx.

Pero, aunque los dirigentes de la iglesia se resistiesen en principio a abandonar el matrimonio plural, acabaron adoptando un enfoque más pragmático de la política del país y rechazando enérgicamente la práctica, empezando a instar de verdad a los departamentos del Gobierno a que persiguiesen a los polígamos. Ese único cambio en la política eclesial fue, más que ninguna otra cosa, lo que convirtió la Iglesia mormona en esa nueva versión actual, que goza de un éxito tan asombroso. Los mormones, después de tirar por la borda la poligamia, dejaron de ser considerados una secta de chiflados. La Iglesia mormona asumió con tanto éxito la condición de un credo convencional más, que son muchos los que la consideran hoy la religión estadounidense quintaesencial.

Sin embargo, los fundamentalistas mormones creen que se pagó un precio demasiado alto por conseguir que la opinión pública del país los aceptase. Sostienen que las jerarquías

de la iglesia llegaron a un compromiso imperdonable al capitular ante el Gobierno del país hace un siglo en la cuestión de la poligamia. Insisten en que la iglesia los vendió, en que la jerarquía abandonó uno de los principios teológicos más importantes de la religión por oportunismo político. Estos polígamos actuales se consideran, por tanto, los mantenedores de la llama (los únicos mormones justos y verdaderos). Al renunciar a la sección 132 (el principio sagrado del matrimonio plural), la Iglesia mormona se ha extraviado gravemente, advierten. Los profetas fundamentalistas claman desde sus púlpitos que la Iglesia moderna se ha convertido en «la prostituta más vil de la Tierra».

Los fundamentalistas probablemente citen la sección 132 de *Doctrina y convenios* más que ningún otro fragmento de sus Sagradas Escrituras. La cita que sigue a esta en popularidad quizá sea la sección 85, en la que se revelaba a Joseph que «[...] yo, el Señor Dios, enviaré a uno fuerte y poderoso [...] para poner en orden la casa de Dios». Muchos fundamentalistas están convencidos de que ese uno fuerte y poderoso ya está en la Tierra entre ellos, «empuñando el cetro del poder», y que muy pronto volverá a guiar a la Iglesia mormona por el buen camino y a restaurar la «doctrina más sagrada y más importante» de Joseph.

Short Creek

Las ideas religiosas extrañas y extremas son tan frecuentes en la historia de Estados Unidos que es difícil calificarlas de «marginales». Hablar de un margen entraña la existencia de una corriente general, pero en términos numéricos, es posible que el componente mayoritario del espectro religioso de Estados Unidos contemporáneos siga siendo el que ha sido desde la época colonial: un evangelismo fundamentalista con potentes vetas milenaristas. El tema del Juicio Final ha estado siempre próximo al centro del pensamiento religioso del país. La nación ha contado siempre con creyentes que reaccionaban a esa amenaza decidiendo huir de la cólera que se avecinaba, abandonar la Ciudad de la Destrucción, aunque eso supusiera afrontar conflictos con la justicia y con sus comunidades o familias [...]. Podemos hallar a lo largo de toda la historia del país grupos selectos y separatistas dispuestos a seguir a un individuo profético que afirma recibir revelaciones divinas, en un marco que repudia las ideas convencionales sobre la propiedad, la vida familiar y la sexualidad. Eran grupos marginales, gente peculiar, gente diferente del resto del mundo: los *shakers* y la comunidad de Ephrata, las comunas de Oneida y Amana, los seguidores de Joseph Smith y Brigham Young.

PHILIP JENKINS,
Mystics and Messiahs

El Gran Cañón, serpenteando en diagonal por el sector norte de Arizona, forma una tremenda grieta de 365 kilómetros en la piel del planeta, que opera como una formidable barrera natural que separa eficazmente del resto del estado su rincón noroccidental. Esta cuña aislada de territorio (casi tan extensa como Nueva Jersey pero atravesada por una sola carretera asfaltada) se conoce como «la Franja de Arizona», y tiene una de las densidades demográficas más bajas de los cuarenta y ocho estados del país.

Hay allí, sin embargo, una población relativamente grande, Colorado City. Con unas nueve mil almas, es más de cinco veces más populosa que cualquier otra población de la zona. Los automovilistas que se dirigen hacia el Oeste por la autopista 389, cruzando los páramos resecaos de la meseta de Uinkaret, puede que se sorprendan cuando, unos cuarenta kilómetros después de Fredonia (1.036 habitantes, la segunda población por su tamaño de la Franja), se materializa de pronto en medio de la nada Colorado City: una extensión urbana de pequeños negocios y casas insólitamente grandes que se extiende bajo una elevada escarpadura de piedra arenisca bermeja llamada montaña de Canaán. Los habitantes de la población son fundamentalistas mormones, a excepción de una pequeña minoría. Viven en este trozo de desierto con la esperanza de poder cumplir así en paz con el sagrado principio del matrimonio plural sin interferencias de las autoridades del Gobierno ni de la Iglesia mormona.

A caballo entre la frontera de Utah y Arizona, Colorado City alberga tres sectas fundamentalistas mormonas como mínimo, incluida la mayor del mundo: la Iglesia Fundamentalista de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Más conocida como el Plan de Esfuerzo Unido, o PEU, exige a sus miembros que vivan ateniéndose rigurosamente a las órdenes de un frágil técnico fiscal de noventa y dos años con-

vertido en profeta llamado Rulon T. Jeffs.¹ Tío Rulon, que es como le llaman sus seguidores, remonta su jefatura de origen divino a una cadena ininterrumpida que conduce directamente hasta el propio Joseph Smith. Aunque su frágil porte parecería hacerle poco adecuado para el papel, los habitantes de Colorado City creen que Tío Rulon es el «uno poderoso y fuerte» cuyo advenimiento profetizó Joseph en 1832.

«Aquí hay un montón de gente que está convencida de que Tío Rulon vivirá eternamente», dice DeLoy Bateman, un profesor de ciencias de cuarenta y ocho años que da clases en el instituto de Colorado City. DeLoy no solo nació y se crió en esta fe, sino que sus antepasados fueron algunos de los personajes más ilustres de la religión: su abuelo y su tatarabuelo figuraron entre los trece miembros fundadores de la Iglesia Fundamentalista Mormona, y su abuelo adoptivo, LeRoy Johnson, fue el profeta que precedió a Tío Rulon como dirigente en Colorado City. En este momento, DeLoy conduce su furgoneta Chevrolet de tercera mano por una carretera sin asfaltar de las afueras de la población. En la parte de atrás de la furgoneta viajan una de sus esposas y ocho de sus diecisiete hijos. De pronto pisa el freno y la furgoneta se detiene bruscamente en el arcén.

«Mira, aquí hay una cosa interesante —proclama, alzando los restos de una antena parabólica que está detrás de unas matas de salvia al borde de la carretera—. Parece que alguien

1. La parte de la población que queda en la parte de Arizona se llama oficialmente Colorado City, y la parte que queda en Utah se llama oficialmente Hildale, aunque los veteranos prescinden de ambos apelativos y prefieren llamarla Short Creek, que fue el nombre de la población hasta 1962, en que se constituyó legalmente y se rebautizó. El Plan de Esfuerzo Unido es el nombre legal de la entidad financiera propietaria de todos los bienes de la iglesia, entre los que se incluye casi todo el terreno de la población.

ha tenido que librarse del televisor. Lo sacó de la ciudad y lo tiró aquí.»

Los fieles de la Iglesia fundamentalista, explica, tienen prohibido ver la televisión y leer revistas y periódicos. Pero las tentaciones del mundo exterior son muy fuertes y es inevitable que algunos sucumban a ellas.

«En cuanto prohíbes algo —comenta DeLoy—, lo haces increíblemente atractivo. La gente se va a escondidas a St. George o a Cedar City y se compra una parabólica, la pone donde no se pueda ver fácilmente y ve la tele en secreto en cuanto tiene un momento libre. Luego, un domingo Tío Rulon lanza uno de sus sermones sobre los males de la televisión, proclama que sabe exactamente quién tiene una y advierte de que todo el que la ve pone en grave peligro su alma inmortal.

»Cada vez que lo hace, aparecen abandonadas en el desierto un montón de antenas parabólicas como esta. Luego, durante dos o tres años, no hay televisores en el pueblo, hasta que, poco a poco, empiezan a aparecer otra vez las parabólicas y llega la siguiente campaña. La gente intenta hacer lo que se debe hacer, pero son solo humanos.»

Como indica la prohibición de la tele, la vida en Colorado City bajo el mando de Rulon Jeffs guarda más de una semejanza pasajera con la vida en Kabul bajo los talibanes. La palabra de Tío Rulon ostenta el peso de la ley. El alcalde y todos los demás empleados municipales responden ante él, lo mismo que la fuerza policial y el inspector de las escuelas públicas. Hasta los animales están sometidos a sus caprichos. Hace dos años un rottweiler mató a un niño. Se emitió acto seguido un bando por el que se prohibía la presencia de perros dentro de los límites de la población. A continuación, se envió a un grupo de jóvenes a recoger todos los perros y, luego, los confiados animales de compañía fueron transportados hasta el lecho seco de un torrente donde se acabó con ellos a tiro limpio.

Se calcula que Tío Rulon se ha casado con setenta y cinco mujeres, con quienes ha tenido un mínimo de sesenta y cinco hijos; a varias de sus esposas se las dieron en matrimonio cuando tenían quince años y él, ochenta y tantos. En sus sermones suele insistir en que es imprescindible la sumisión total. «Quiero deciros que la libertad más grande de la que podéis gozar está en la obediencia —ha predicado—. La obediencia perfecta produce fe perfecta.» Sus enseñanzas, como las de la mayoría de los profetas de la Iglesia fundamentalista, están firmemente basadas en las fogosas y numerosas páginas que escribieron en el siglo XIX Joseph Smith y Brigham Young. A Tío Rulon le gusta recordar a sus seguidores la advertencia de Brigham de que para los que cometen pecados tan atroces como el de la homosexualidad o el de tener relaciones sexuales con un miembro de la raza africana «la pena, según la ley divina, es la muerte en el acto. Esto será así siempre».

La poligamia es ilegal tanto en Utah como en Arizona. Lo que suelen hacer los hombres de Colorado City para evitar un procesamiento es casarse legalmente solo con la primera esposa; las esposas siguientes, aunque Tío Rulon las casa «espiritualmente» con sus maridos, pasan a ser madres solteras conforme a las leyes del estado. Esto tiene el beneficio añadido de que las familias numerosísimas de la población reciben prestaciones de la ayuda social y demás formas de asistencia pública. Pese al hecho de que Tío Rulon y sus seguidores consideran a los Gobiernos de Arizona, Utah y Estados Unidos fuerzas satánicas que quieren destruir el PEU, su comunidad polígama recibe más de seis millones de dólares anuales de fondos públicos. Más de cuatro millones de la generosidad gubernamental afluyen todos los años al distrito escolar público de Colorado City, que, según el *Phoenix New Times*, «funciona primordialmente para beneficio económico de la Iglesia fundamentalista y para el enriquecimiento personal de los dirigentes del distrito escolar de dicha iglesia». El perio-

distra John Dougherty calculó que los administradores escolares han «saqueado el tesoro del distrito dedicando miles de dólares a gastos personales cargados a tarjetas de crédito oficiales, comprando vehículos caros para su uso personal y dedicándose a viajar profusamente. Estos gastos culminaron en diciembre [del año 2000] cuando el distrito compró por 220.000 dólares un avión Cessna 210 para facilitar los viajes del personal del distrito a las poblaciones de Arizona».

Colorado City ha recibido 1,9 millones de dólares del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano federal para pavimentar sus calles, mejorar el servicio de extinción de incendios y modernizar el sistema de suministro de agua. El Gobierno federal construyó inmediatamente después del límite sur de la población un aeropuerto que costó 2,8 millones de dólares y que no sirve prácticamente a nadie más que a la comunidad fundamentalista. En el año 2002 el 78% de los residentes que viven en la parte de Arizona recibieron vales de alimentos. En la actualidad, los habitantes de Colorado City reciben ocho dólares en servicios del Gobierno por cada dólar de impuestos que pagan. Sin embargo, los habitantes del resto del condado de Mohave (Arizona) reciben solo un dólar de servicios por cada dólar de impuestos.

«Tío Rulon justifica toda esa ayuda de un Gobierno malvado diciendo que el dinero procede en realidad del Señor —explica DeLoy Bateman—. Se nos enseña que es el modo que tiene el Señor de manipular al sistema para ayudar al pueblo elegido.»

Los fundamentalistas llaman a defraudar al Gobierno «sangrar a la bestia», y lo consideran un acto virtuoso.

Tío Rulon y sus seguidores creen que la Tierra tiene siete mil años de antigüedad y que los hombres nunca han puesto el pie en la Luna. Las filmaciones de los astronautas del Apolo en la superficie lunar forman parte, según ellos, de un complejo fraude con el que el Gobierno estadounidense está en-

gañando al mundo. Además del edicto que prohíbe ver la televisión y leer los periódicos, los habitantes de Colorado City tienen prohibido todo contacto con personas que no pertenezcan al PEU... lo que incluye a cualquier miembro de la familia que haya abandonado la religión. Da la casualidad de que DeLoy es uno de estos apóstatas.

DeLoy y su inmensa familia viven en una casa correspondientemente inmensa (es, con sus 1.440 metros cuadrados, cinco veces mayor que la vivienda típica de tres dormitorios). La edificó él con sus propias manos en el centro de la ciudad. Su hermano David vive en una casa de dimensiones similares a pocos metros de distancia, al otro lado de una valla de dos metros de altura.

«Mi hermano está ahí, al otro lado de la valla —me dice, indicando con la barbilla—. Él y yo estamos lo más cerca que pueden estar dos personas en el planeta. Nuestro padre se quedó inválido cuando éramos pequeños, así que David y yo nos cuidábamos el uno al otro. Pero ahora no le está permitido hablar conmigo, porque ya no pertenezco a la iglesia. Si su mujer le sorprende hablando conmigo, se llevará a todos los niños y Tío Rulon la casará con otro en cuestión de horas. Y David será entonces lo que aquí llaman un “eunuco”, un hombre al que le está permitido seguir en la religión, pero a quien le han quitado la familia... como lo que se suponía que iba a sucederme a mí cuando dejé la Obra.»

DeLoy era un miembro respetable de la iglesia, no había probado en su vida el alcohol ni el café, no había fumado nunca, jamás había pronunciado una palabra irreverente. Era inquebrantable en su obediencia y procuraba mantener la cabeza baja. Luego, en 1996, unos parientes de su segunda esposa empezaron a hacer circular rumores difamatorios sobre él. Alguien fue con los rumores al profeta y, como consecuencia de ello, se lamenta DeLoy, «Tío Rulon me llamó a su despacho y lanzó todo tipo de acusaciones contra mí».